

dejado. ¡Cuántas veces la hizo sufrir el descubrimiento de evidentes muestras de injusticias, de fraudes, de concusiones y arbitrariedades en los contratos de aquel á quien el mundo habia aplaudido como el más honrado y generoso de los contratistas públicos!

Algunas semanas después, Fabiola en traje de luto fué á visitar á sus amigas, y en primer término á su prima Inés.

## VII

### El falso hermano

Es preciso que retrocedamos un poco y volvamos á Torcuato. A la mañana siguiente de su fatal caída, al despertar, vió á Fulvio á la cabecera del lecho, como el cazador que, dueño de un buen halcón, le domestica y enseña el modo de hacer caer la tímida paloma á cambio de una esclavitud bien mantenida.

Con toda la impasibilidad de un hombre experimentado comenzó Fulvio por hacerle recordar todas las circunstancias de la borrascosa noche anterior, su ruina y el único medio de salir de sus apuros, y al paso que con refinada astucia exponiale su difícil situación, iba reforzando toda la trama de la red ya tendida á su víctima, procurando estrechar cada vez más sus mallas.

¡Triste situación la de Torcuato! Si daba un solo paso hácia los cristianos, cosa que Fulvio le aseguraba era ya inútil, sería al punto preso, entregado al juez y castigado con muerte cruel: si, por el contrario, permanecía fiel á su pacto de traición, nunca le faltaría nada.

—Estás excitado y calenturiento,—acabó Fulvio por decirle;—y un paseo con el aire fresco de la mañana te hará bien.

Al infeliz le faltaban fuerzas para resistir. Salieron, pues, y apenas habían llegado al Foro cuando se encontraron con Corvino como por casualidad, y después de cambiar un saludo les dijo éste:

—Me alegro de haberos encontrado, pues quisiera que vieis el taller de mi padre.

¿El taller?—interrogó Torcuato con sorpresa.

—Sí; el depósito donde conserva sus instrumentos del arte, que han sido restaurados y puestos ordenadamente. Estamos muy cerca, y... ¡ved! precisamente ese malcarado y viejo Cátulo está abriendo la puerta.

Dirigiéronse á la casa que Corvino acababa de indicarles, y entraron en un gran patio rodeado de galerías llenas de instrumentos de tortura, de todas formas y dimensiones.

Torcuato retrocedió espantado.

—Entrad, señores, no hayais miedo,—dijo el verdugo.—Todavía no está encendido el fuego, y nadie os hará el menor daño, á menos que seais del número de esos perversos cristianos, para quienes acabamos de pulir y afilar todo esto.

—A propósito, Cátulo,—dijo Corvino;—explícale á ese joven, que es forastero, el uso de esos juguetes.

Cátulo les hizo recorrer aquel horrible museo, mostrándoles cuanto contenía y acompañando sus minuciosas explicaciones con bromas y pullas que no son para referidas aquí. Su entusiasmo llegó á tal punto, que muy poco faltó para que hiciese sufrir á Torcuato una demostración práctica y sensible de cuanto le describía, agarrándole una oreja entre dos tenazas; y otra vez amenazó su cabeza un golpe tan tremendo de pesada maza, que á poco más le hace saltar los dientes.

La rueda, el potro, unas enormes parrillas, un sillón de hierro con un hornillo debajo para calentarlo, grandes calderas para baños de agua y aceite hirviendo, cucharones para derretir plomo é introducirlo en la boca de las víctimas, tenazas, garfios y cardas de diferentes formas y tamaños para arrancar la carne de las costillas, escorpiones ó látigos con bolas de hierro ó plomo á la punta, collares, esposas y grillos, también de hierro, y en fin, espadas, cuchillas y hachas, todo les fué especificado por Cátulo, que se gozaba de antemano en ver cuanto antes aplicados tan horribles instrumentos á las cabezas y dura piel de los cristianos (1).

De aquella minuciosa inspección salió Torcuato estremecido y falto de aliento, y sus dos seductores le condujeron desde allí á los baños de Antonino, donde para mayor desgracia fué reconocido por el anciano Cucumio, *capsarius* ó jefe de la guardarrropía, y su esposa Victoria, que anteriormente le habían visto en la iglesia. Después de un buen almuerzo, con el que Torcuato reparó algun tanto sus perdidas fuerzas, llevaronle sus dos compañeros á la sala de juego de las Termas. Jugó, y por desgracia perdió; mas Fulvio prestóle dinero, no sin exigirle un documento de las sumas que le daba. Con tales medios no tardó

(1) Los expresados instrumentos de tortura son mencionados en las Actas de los Mártires y en las historias eclesiásticas.

el infeliz Torcuato en verse completamente subyugado por los enemigos del nombre cristiano.

Aunque nunca le perdían de vista, dejábanle en libertad buena parte del día para no exponerse á perder sus servicios si los cristianos llegaban á sospechar algo.

Corvino resolvió, tan pronto como se publicase el edicto de persecución, descargar sobre los cristianos un golpe tremendo, y á este fin exigió á Torcuato que cumpliera su papel de espía en el cementerio mayor donde el Sumo Pontífice debía oficiarse; y Torcuato mostróse dispuesto á obedecer. Fué al cementerio de Calixto, y su visita no tuvo, pues, otro objeto que cumplir su promesa (1).

Entonces pudo el ojo atento de Severo notar en su rostro señales inequívocas de la lucha que su alma sostenía entre la gracia divina y el pecado; pero la imagen de Cátulo con sus innumerables instrumentos de suplicio, y el recuerdo de Fulvio con sus documentos de crédito, hicieron inclinar la balanza del lado de la perdición.

Corvino recibió de Torcuato una relación detallada, junto con un plano del cementerio delineado de un modo aproximativo, y determinó dar el asalto el día después de la publicación del edicto imperial.

Fulvio formó un plan distinto, que consistía en conocer de vista á los principales sacerdotes y cristianos que hubiese en Roma; persuadido de que, una vez les conociese, ningún disfraz bastaría para ocultarlos á sus penetrantes ojos, y le sería fácil apoderarse uno á uno de todos ellos. A este fin puso gran empeño en que Torcuato le llevase á la primera función solemne en que debieran congregarse muchos presbíteros y diáconos al rededor del Pontífice. No dejó Torcuato de oponer temores y dificultades; pero Fulvio procuró desvanecerlos, asegurándole que, una vez dentro, sabría conducirse de tal manera que le creyesen un verdadero cristiano.

Transcurrieron algunos días, y Torcuato hizo saber á Fulvio que pronto se le ofrecería ocasión oportunísima para ver satisfechos sus deseos, con motivo de las próximas y solemnes ordenaciones.

(1) El cementerio ó catacumba de Calixto extiéndese unas seis millas. En este cementerio escondieron los fieles, durante la persecución del siglo III, los cuerpos de los santos apóstoles Pedro y Pablo por temor de que fuesen violados sus sepulcros; y sucesivamente dieron allí sepultura á catorce Pontífices y á ciento setenta Mártires.

### Las ordenaciones de Diciembre

Quien haya leído la historia de los primeros Papas recordará un hecho repetido en casi todos los pontificados: las ordenaciones generales que se celebraban en el mes de Diciembre, en las cuales eran creados tantos presbíteros, diáconos y obispos como exigían las necesidades de las diversas iglesias.

Las dos primeras órdenes se conferían para el servicio de las iglesias titulares de Roma: los obispos eran consagrados para que fuesen á ocupar las Sedes vacantes en otras diócesis. El Sumo Pontífice elegía preferentemente las *témporas* de Diciembre para tener sus consistorios, en los que nombraba sus cardenales, presbíteros y diáconos, y preconizaba los obispos de toda la Cristiandad.

El Papa Marcelino, bajo cuyo pontificado pasaron los sucesos que referimos, celebró dos ordenaciones en el mes de Diciembre de dos diferentes años, siendo una de estas la que ahora iba á efectuarse.

En dónde se verificaría el acto era lo que Fulvio deseaba saber y lo que indudablemente debe ser de grande interés para el anticuario cristiano. Ciertamente sería incompleto el conocimiento que tendríamos de la antigua Iglesia romana si ignorásemos el lugar predilecto donde sucesivamente por espacio de trescientos años predicaron los Pontífices, celebraron los divinos misterios y tuvieron los concilios y esas gloriosas ordenaciones, de las que salían para gobernar otras iglesias, no ya simplemente obispos, sino mártires; donde fué ordenado de diácono un san Lorenzo, y de presbítero un san Novato y un san Timoteo; donde un Policarpo ó un Ireneo visitaron al sucesor de san Pedro, y donde, en fin, recibieron su misión apóstoles como los que convirtieron á la fe al rey británico Lucio (1).

(1) Lucio, príncipe de una parte de Inglaterra, sometida entonces á los romanos, escribió al Papa Eleuterio manifestándole sus deseos de instruirse en la Fe cristiana. Un rey de Inglaterra,—escribió Beda,—inspirado por Dios para abrazar la religión cristiana, debió mandar á Roma una embajada para pedir que se le enviasen algunos misioneros que le

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Hemos dicho que la casa de los padres de Inés estaba situada en el *Vicus Patricius*, ó calle Patricia, también llamada de los Cornelios (*Vicus Corneliarum*) porque vivía en ella la esclavida familia de dicho nombre. A ésta pertenecía el centurión Cornelio á quien convirtió san Pedro (1), y á él debió probablemente el Apóstol haber conocido al jefe de su familia Cornelio Pudens. Era éste senador, y tomó por esposa á Claudia, noble señora británica; siendo muy de notar que un poeta tan libre como Marcial compitiese con los escritores más correctos en su epitalamio en honor á tan virtuosos cónyuges.

En casa de éstos habitó san Pedro algunos años; el apóstol san Pablo habla de ellos como de sus más íntimos amigos (2), y de ella salieron los obispos á quienes el Príncipe de los Apóstoles enviaba en todas direcciones para que propagasen la semilla evangélica y muriesen por la fe católica. A la muerte de Pudens pasó la casa á sus hijos y nietos, dos varones y dos hembras, más conocidas estas últimas por haber dado su nombre á dos de las más ilustres iglesias de Roma, las de Santa Praxedes y Santa Pudenciana, y por haber alcanzado un puesto en el calendario general de la Iglesia (3).

Desde el principio del Cristianismo, en Roma como en todas las demás ciudades el Sacrificio eucarístico era ofrecido en un solo sitio y por sólo el obispo; y así también, después de construirse otras iglesias, la Comunión era llevada á ellas desde aquel altar único por los diáconos y administrada por los presbíteros.

El Papa Evaristo, cuarto sucesor de san Pedro, fué quien obedeciendo á graves y urgentes necesidades decidió multiplicar las iglesias de Roma.

Merecen singular mención dos hechos llevados á cabo por este Pontífice: ordenó que todos los altares fuesen de piedra y que se consagrasen todos; y luego dividió á Roma en parroquias, á cuyas iglesias dió el nombre de *titulos*.

De lo dicho se desprenden dos hechos. El primero es que por aquel tiempo no había en Roma sino una iglesia y un altar; iglesia que siempre y por todos es la conocida aun hoy con el nombre de Santa Pudenciana. El otro hecho es que el altar único que entonces existía no era de piedra, sino de madera, el mismo

instruyesen en la fe y en los divinos misterios. El nombre romano de Lucio que llevaba indica que era uno de aquellos reyes que establecían los romanos en los países conquistados con objeto de mantener en la sujeción los más lejanos.

(1) Act. Apost. x.

(2) «Salutant te Eubulus, et Pudens, et Linus, et Claudius, et fratres omnes.» (II Tim. iv, 21).

(3) Albano Butler denomina la iglesia de Santa Pudenciana «la más antigua del mundo»; y es la que señala el lugar del *Vicus Patricius* y la casa de Pudens.

que usaba san Pedro, y que san Silvestre mandó después trasladar á la basílica Lateranense (1).

El pontificado de san Pío I, que duró desde el año 142 al 157, constituye un periodo de los más interesantes en la historia de esta iglesia. En primer lugar este Papa, sin alterar el carácter de la misma, le añadió un oratorio que constituyó en *titulo* con el nombre de *titulus Pastoris*, por haberle dado colación de él á su hermano Pastor; denominación que por largo tiempo fué la del cardenalato anexo á dicha iglesia, demostración evidente de que la iglesia misma era algo más que un *titulo*. En segundo lugar, durante aquel pontificado fué á Roma por segunda vez y sufrió martirio el digno y sabio apologista san Justino, de cuyos escritos comparados con sus actas se desprenden algunas conclusiones llenas de interés respecto al culto cristiano en aquellos tiempos de atroz persecución.

—¿En qué sitio se reúnen los cristianos?—le preguntó el juez.

—¿Pensais—respondió san Justino—que tenemos nuestras reuniones en un solo lugar? Os equivocais.

Mas cuando el juez le preguntó dónde vivía y en qué sitio se reunía con sus discípulos, respondió:

—Hasta ahora he vivido cerca de la casa de un tal Martín en los baños llamados Timotinos; es la segunda vez que vengo á Roma, y no conozco otro lugar que el mencionado.

Los baños de Timoteo, llamados Timotinos, formaban parte de la casa de la familia Pudens, y son donde dijimos se habían citado una mañana muy temprano Fulvio y Corvino. Novato y Timoteo eran hermanos de las santas vírgenes Praxedes y Pudenciana, y por eso aquellos baños fueron llamados sucesivamente Novacianos y Timotinos, por haber pasado del dominio de un hermano al del otro.

Viviendo, pues, san Justino en aquella casa, y no conociendo otra en Roma, claro está que en ella asistía á los divinos oficios; á lo cual por otra parte le obligarían los deberes de la hospitalidad. Ahora bien; describiendo en su Apología la liturgia cristiana, tal como la había presenciado, habla del sacerdote celebrante en términos que no pueden menos que referirse al Obispo y Supremo Pastor de la ciudad; pues no solamente le

(1) En este altar sólo puede celebrar el Papa, ó un Cardenal autorizado por Bula especial.

La basílica de San Juan de Latran era especialmente indicada con el nombre de Basílica del Salvador ó de Basílica Constantiniana. La inscripción que tiene en su fachada dice: «Por Bula pontificia y por decreto imperial me fue dado el privilegio de ser la cabeza y la madre de todas las iglesias del mundo. *Dogmate papali et decreto imperiali mihi datum est esse caput et mater omnium ecclesiarum orbis terrarum.*»

da un título aplicado en la antigüedad á los obispos (1), sino que además le designa como la persona que cuidaba de los huérfanos y de las viudas; que socorría á los enfermos, á los pobres, á los encarcelados y á los forasteros que reclamaban hospitalidad; en una palabra, que tenía á su cargo el proveer á toda necesidad. Y esa persona no podía ser otra que el Obispo, ó sea el Sumo Pontífice mismo.

Debemos también observar que san Pío erigió en esta iglesia una pila bautismal fija, única prerogativa de las catedrales; pila que después fué transferida á la basílica Lateranense con el altar papal. Asimismo el Papa san Esteban bautizó en el título del Santo Pastor (año 257) al tribuno Nemesio, á su familia y á otros muchos; y allí fué donde el diácono san Lorenzo distribuyó á los pobres los preciosos vasos sagrados de la Iglesia.

Algún otro nombre le fué dado, pero el sitio es siempre el mismo, y no cabe dudar que la iglesia de Santa Pudenciana fué en los tres primeros siglos del Cristianismo la humilde catedral de Roma.

Allí fué, por consiguiente, á donde Torcuato, á despecho de sí mismo, llevó á Fulvio, que pronto demostró su habilidad en imitar exactamente lo mismo que veía hacer á los fieles.

La reunión no era muy numerosa, pues constaba casi únicamente de los individuos del clero y de los que aspiraban á ordenarse, congregados en una sala de la casa convertida en iglesia ú oratorio. Entre los últimos encontrábase Marco y Marceliano, los dos hermanos gemelos que se habían convertido con Torcuato: los dos fueron ordenados de diáconos, y su padre Tranquilino de presbítero.

Fulvio examinó atentamente las facciones de todos, procurando retenerlas bien en la memoria; pero en uno sobre todo se fijó: en el Pontífice, que celebraba la augusta ceremonia.

Hacia seis años que Marcelino gobernaba la Iglesia. De edad muy avanzada, sus facciones benignas y tranquilas apenas revelaban aquella fortaleza sobrehumana que requiere el martirio, y de que sin embargo dió tan señaladas pruebas en su muerte por Cristo. Como en aquellos tiempos se ocultaba cuidadosamente toda señal exterior por donde los lobos del paganismo pudiesen reconocer al Supremo Pastor de la Iglesia cristiana, vestían ordinariamente los Papas el traje que usaban los ciudadanos respetables; pero cuando oficiaban delante del altar se revestían de una túnica blanquísima, ceñían su cabeza con una corona ó *infula*, de donde tomó su origen la mitra; y su mano empuñaba el báculo, emblema del cargo y autoridad de Pastor Supremo.

(1) *Præpositus*. Así también san Pablo en su carta á los Hebreos (xiii, 17) les dice: *Obedite præpositis vestris*.

Marcelino estaba vuelto de rostro á la asamblea (1), delante del altar sagrado de San Pedro, colocado entre él y el pueblo; y el espía asiático le miraba con fijeza, examinábale escrupulosamente de piés á cabeza, medía con los ojos su estatura, inspeccionaba el color de su rostro y de sus cabellos, reparaba sus ademanes, su porte, el sonido de su voz, hasta que por fin pudo decirse á sí mismo:

—¡Por Hércules! Bien puede disfrazarse como se le antoje, que yo he de reconocerle sin que se escape de mis manos. Es una presa cuyo valor conozco bien.

## IX

### Las vírgenes

Si bien la Iglesia permitía que las doncellas se consagrasen á Dios á los doce años, que era la edad núbil según la ley romana, reservaba para edad más madura la consagración solemne, que celebraba el Obispo el domingo de Pascua de Resurrección, poniendo con sus propias manos sobre las doncellas el velo de la virginidad. El primer acto de la consagración consistía únicamente, según la mayor probabilidad, en recibir de manos de los padres un vestido negro y sin adorno alguno: pero si amenazaba algún peligro la Iglesia permitía anticipar la segunda ceremonia de la consagración, fortaleciendo en su santo propósito con su bendición solemne á las esposas de Cristo.

Amenazando ahora estallar de un momento á otro una persecución sañuda y cruel, que no había de perdonar ni á las más tiernas ovejas de Cristo, no es de extrañar que las que en su corazón se habían consagrado al divino Cordero como castas esposas que debían seguirle siempre y en todas partes, desearan antes de morir celebrar con gozo sus divinos desposorios, solícitas por entrelazar la blanca azucena de la virginidad con la palma del martirio, si tal gracia les fuese concedida.

Desde su primera infancia había elegido Inés tan santo y

(1) En las grandes y antiguas basílicas de Roma el celebrante oficiaba de cara á los fieles.

sublime estado. La sobrehumana discreción y sabiduría que revelaban de continuo todas sus palabras y acciones, tan graciosamente hermanadas con la sencillez y el candor de sus años infantiles, la habían hecho digna de las mayores dispensas que lo extraordinario de las circunstancias permitía á la Iglesia conceder á aquellas que como Inés suspiraban por el momento de sus celestes desposorios.

No hay que decir con cuánta solicitud se aprovechó de la ocasión que le ofrecía el peligro de la inminente persecución. Con ruegos fervientes y eficaces impetró que se acortase en su favor el plazo que con arreglo á la ley retardaba por espacio de diez años el cumplimiento de sus deseos. Y al mismo tiempo que Inés presentóse otra postulante con el mismo fin.

Desde aquella entrevista que tuvieron Inés y Syra, segun hemos ya referido, nació entre ambas una santa amistad que por parte de Inés fué creciendo y robusteciéndose con los elogios que de su esclava favorita le hacía de continuo Fabiola. Por estas conversaciones, y mucho más por las modestas revelaciones de Syra, estaba persuadida Inés de que podía dejarse exclusivamente al cuidado de aquella la obra á que se había consagrado, la conversión de Fabiola; obra que progresaba visiblemente, merced á la divina gracia y á la prudencia con que era conducida.

En las frecuentes visitas que hacía á su prima contentábase Inés con aprobar y admirar lo que Fabiola le refería de las conversaciones con Syra; poniendo empero gran cuidado en no soltar la menor expresión que pudiese despertar sospechas de que procedían de común acuerdo.

Syra en su cualidad de esclava, é Inés como parienta, vestían luto por la muerte de Fabio; y esta circunstancia hizo que el cambio de vestido no despertase en Fabiola el menor recelo en punto al secreto que mantenían y al paso que debían dar. Así pidieron con seguridad que se las admitiese juntas á pronunciar los votos solemnes de virginidad perpétua. Otorgóseles desde luego lo que pedían; mas por razones bien fáciles de comprender tuvieron tan oculta la concesión, que sólo la víspera ó antevíspera de su desposorio espiritual fué cuando Syra comunicó la noticia como un gran secreto á su querida amiga la ciegucecita.

—De modo—dijo ésta fingiendo resentimiento—que todo lo bueno has de guardarlo para tí. ¿Te parece esto caritativo?

—¡Por Dios, querida niña!—respondió Syra acariciándola;—no vayas á ofenderte... Era preciso guardar la más absoluta reserva.

—Segun eso ¡pobre de mí! no podré asistir á la ceremonia.

—¡Oh! eso sí, Cecilia: irás... y lo verás todo,—añadió Syra riendo.

—Que yo lo vea ó deje de verlo, poco importa. Pero dime, ¿qué vestido vas á ponerte? Cuéntamelo todo.

Syra hizo á su amiguita una exacta descripción del traje y del velo, de su forma y color.

—¡Oh!—exclamó Cecilia gozosa.—¡Cuánto me interesa todo esto! ¿Y qué deberás hacer tú? Quiero saberlo todo.

Syra procuró complacer la insólita curiosidad de la ciegucecita, enterándola punto por punto de la ceremonia.

—Otra pregunta quiero hacerte, y te prometo que será la última,—dijo la ciegucecita cuando Syra hubo terminado:—me has dicho que yo podré asistir; pero ¿cómo lo haré si no sé el día y el lugar?

—En el *título* del Pastor, de aquí á tres días. Pero ¿cómo te has vuelto tan curiosa y preguntona? Casi me haces temer que éntre en tí la vanidad y te vayas aficionando al mundo.

—No tengas cuidado,—replicó Cecilia.—Además que, si otros tienen secretos para mí, bien puedo yo tenerlos también para los otros.

Syra no pudo contener la risa ante el afectado enojo de su amiguita, pues bien conocía la humildad y sencillez que la pobre niña encerraba en su corazón. Abrazáronse afectuosamente, y luego se separaron.

Cecilia fué en derechura á casa de Lucina, que como todas las casas cristianas estaba siempre abierta para ella; y no bien se halló en presencia de la noble matrona, echóse á sus piés y abrazó sus rodillas, prorrumpiendo en desconsolado llanto. Lucina con su habitual dulzura la consoló y colmó de caricias, consiguiendo por lo visto calmar su afición, ya que después de corta y animada conversación volvía á salir la ciegucecita radiante de alegría, como si hubiesen tratado de la ejecución de algun designio que la enajenaba de contento.

Dirigióse Cecilia á casa de Inés, en donde residía el buen sacerdote Dionisio, encargado del hospital allí fundado. Hallóle en su aposento, y arrodillándose á sus piés le habló con tal fervor que le hizo derramar lágrimas de ternura y le arrancó palabras llenas de consuelo. En aquel tiempo no se había compuesto aún el *Te Deum*; pero los cristianos tenían un himno de acción de gracias muy parecido, y este himno debió exhalar del corazón de la pobre niña ciega al regresar á su humilde morada.

Llegó por fin el suspirado día. Celebrados los misterios más solemnes antes de que apuntara el alba, habíanse dispersado los fieles, quedando sólo en la iglesia los que debían tomar parte en la piadosa ceremonia y algunos que habían sido invitados como testigos, entre los cuales figuraban Lucina y su hijo Pancraccio, los padres de Inés y el tribuno Sebastián. Buscaba Syra con la

vista á su ciegucecita, pero inútilmente; y pensando que se habría retirado con los demás fieles, sentíase pesadosa de la reserva que con ella había guardado en su última entrevista.

En la iglesia penetraba apenas la dudosa luz de un crepúsculo de invierno, si bien al exterior los arboles del Oriente anunciaban un espléndido día de Diciembre. Ardían sobre el altar grandes y perfumados cirios, y al rededor preciosas lámparas de plata y oro que bañaban de suave resplandor el santuario. En frente del altar se había colocado una silla no menos venerable que el altar mismo, la cátedra de san Pedro, que se conserva en el Vaticano; y en ella estaba sentado el Sumo Pontífice con el báculo en la mano, y rodeado de sus sagrados ministros.

Del oscuro fondo de la iglesia principió á salir, cual si fueran de ángeles, voces melodiosas que con lentas y graves cadencias cantaban á coro un himno que expresaba los suaves y dulces sentimientos del que poco tiempo después fué compuesto: *Jesu corona virginum* (1).

Luego apareció entre la luz de las lámparas la procesión de las vírgenes ya consagradas, á cuyo frente iban los presbíteros y diáconos, y en medio de ellas veíanse dos cuyas blancas vestiduras formaban gracioso contraste con los hábitos negros de las demás. Eran las dos nuevas postulantes, que al abrirse la procesión en dos filas á derecha é izquierda, fueron conducidas cada una por dos profesas al pie del altar, donde se arrodillaron á los pies del Pontífice, yendo á colocarse á los lados de una y otra las madrinas que debían asistirles durante la ceremonia.

A cada una se le preguntó solemnemente qué deseaba, y cada una á su vez respondió que su deseo era recibir el velo y cumplir los deberes que le imponía bajo el cuidado de los que habían sido elegidos para su dirección espiritual. Aunque antes de aquella época muchas de las vírgenes consagradas al Señor vivían en comunidad, otras muchas continuaban en sus propias casas porque la persecución hacía muy difícil la vida claustral. No obstante, había en cada iglesia un lugar aparte y cerrado por un cancel, en donde las vírgenes consagradas se reunían para su instrucción particular y sus prácticas devotas.

El Pontífice dirigió á las jóvenes postulantes palabras llenas de unción y cariño, manifestándoles cuán sublime vocación era la que las llamaba á vivir en la tierra la vida de los ángeles, caminar por la misma senda de castidad que eligió el Verbo encarnado para su santísima Madre á las moradas celestiales, donde irían á aumentar la escogida hueste que sigue al Cordero

(1) «Jesús corona de las vírgenes.» Atribúyese este himno á san Ambrosio.

inmaculado á donde quiera que se dirige. Extendióse á demostrar, según el apóstol san Pablo, la excelencia de la virginidad sobre cualquiera otro estado, y con sentidas frases describió la felicidad de quien no tiene en la tierra más que un solo amor, que en vez de marchitarse florece hasta su plenitud en la inmortalidad celeste. Porque la bienaventuranza eterna no es otra cosa que la flor perfecta que el amor divino hace germinar en la tierra.

Después de esa breve plática y del examen de las dos aspirantes procedió el Pontífice á bendecir las diferentes prendas de su hábito religioso, con que las respectivas madrinas iban revistiendo á las dos nuevas religiosas. Luego se acercaban éstas al altar y reclinaban sobre él su frente en señal de que se ofrecían en holocausto. Como en el Occidente no se había adoptado aún la costumbre usada en el Oriente de cortar la cabellera, dejáseles caer esta sobre los hombros, y les ciñeron la cabeza con una corona de frescas flores, cogidas, á pesar de ser invierno, en el bien resguardado jardín de Fabiola.

Todo parecía haber terminado, é Inés arrodillada al pie del altar permanecía inmóvil, con los ojos levantados y fijos, suspendido su espíritu en profundo arrobamiento; mientras Syra, arrodillada á su lado, inclinada la cabeza, parecía abismada en sentimientos de profunda humildad y como admirada de que la hubiesen considerado digna de tan señalado favor. Y tan absortas estaban las dos en sus oraciones de acción de gracias, que no advirtieron la ligera conmoción que produjo entre los congregados un incidente al parecer inesperado.

Pronto, sin embargo, despertó su atención la voz del Pontífice, que repetía la pregunta: «¿Qué pides tú, hija mía?» Y antes de que tuvieran tiempo para volver la vista sintióse cada una asida su mano por otra, y oyeron una voz bien conocida y muy querida de entrambas que respondía:

—Padre Santo, deseo recibir el velo de las consagradas á Jesucristo, mi único amor en la tierra, bajo la custodia de estas dos piadosas vírgenes, que son ya sus bienaventuradas esposas.

¿Cómo expresar el júbilo y la ternura que experimentaron Inés y Syra? La nueva postulante era Cecilia, la pobre ciega, que apenas supo la felicidad de que iba á gozar Syra, fué precipitadamente, como hemos visto, á arrojarle á los pies de la bondadosa Lucina, que la consoló haciéndole concebir la esperanza de obtener igual gracia. Premetióle además proporcionarle lo necesario para la ceremonia, y Cecilia aceptó el ofrecimiento á condición de que su traje había de ser tosco cual correspondía á una pobre mendiga.

El presbítero Dionisio se había encargado de presentar al Pontífice su instancia, siendo esta favorablemente acogida; pero

como Cecilia desease tener por madrinas á sus dos amigas, acordóse que su consagración se verificaría inmediatamente después de la de Inés y de Syra; proyecto del que nada sabían porque la ciegucecita había procurado mantenerlo en secreto.

Rezadas las oraciones de la bendición, vistiósele el hábito y el velo; y al preguntarle si había traído la corona de flores, sacó tímidamente de debajo la ropa una rama de espinó torcida en forma de aro, y la presentó al Pontífice diciendo:

—Yo no tengo flores que ofrecer á mi Desposado, ni han sido flores las que El ha llevado por mí. Yo no soy más que una pobre niña, y mi Señor no se ofenderá si gusto coronarme como El consintió en ser coronado. Y además las flores son símbolo de las virtudes que adornan á las que las llevan, y mi corazón estéril y desolado no produce otras flores que estas.

La buena ciegucecita no pudo ver con qué prontitud y espontaneidad se quitaron sus dos compañeras las coronas de la cabeza para colocarlas en la suya: mas una señal del Pontífice las contuvo, y en medio de la tierna y piadosa emoción de todos los presentes, la venturosa Cecilia fué conducida al altar radiante de gozo con su corona de espinas, emblema de la profunda y constante enseñanza de la santa Iglesia: que la inocencia coronada por los sufrimientos y la mortificación es la reina de todas las virtudes.

## X

### La quinta Nomentana

La via Nomentana va desde Roma hacia el Este, separada de la via Salaria por un profundo barranco, más allá del cual se extiende un terreno desigual, pero en graciosas ondulaciones. En medio de él se eleva un pintoresco templo de forma circular, y en sitio inmediato la admirable basilica dedicada á Santa Inés, por haber sido allí donde estuvo la quinta que perteneció á la joven romana, distante milla y media de Roma.

En aquel lugar habían convenido reunirse las vírgenes después de su consagración para pasar en el sosiego y el retiro aquel memorable día, uno de los pocos buenos que podían quizás prometerse en la tierra.

Todo allí parecía respirar felicidad y contento. Era uno de esos alegres y brillantes días con que suele brindar el invierno en Roma por modo peculiar. Los escarpados Apeninos aparecían cubiertos de ligera capa de nieve; la tierra seca empezaba á endurecerse; la atmósfera era transparente, espléndido el sol, y el cielo sin nubes. Sólo algunas cenicientas espirales de humo que salían de las casas de campo y las cepas despojadas de sus hojas podían indicar que se estaba en el mes de Diciembre.

Allí, en la quinta Nomentana, todo sér viviente parecía reconocer y amar á la gentil y cariñosa dueña de aquella posesión: las tórtolas bajaban á posarse en sus hombros ó en sus manos, y los corderos triscaban así que la veían acercarse, y corrían hácia ella balando para tomar de su mano las olorosas y frescas yerbas que solía ofrecerles. Ninguno empero acataba tanto su dulce dominio como Moloso, el enorme perro que guardaba la entrada. Aunque atado con una cadena cerca de la puerta, era tal su ferocidad, que nadie se atrevía á arrimársele; y sin embargo, no bien aparecía Inés, se arrastraba por el suelo y meneaba la cola, aullando y gimiendo hasta que le desataban, y entonces ya podía acercársele sin temor aunque fuese un niño. No se apartaba del lado de su ama, iba detrás de ella como un cordero, y si se sentaba echábase á sus piés, mirándola satisfecho con sentir en su abultada cabeza las caricias de tan delicada mano.

Conversando estaban las tres amigas, ya felicitándose por la dicha que les había cabido aquella mañana, y por la mañana todavía más dichosa que esperaban, sin noche que la siguiese y de la cual aquella era una prenda que esperaban gozar; ya también chanceándose con Cecilia por la inocente sorpresa que á sus dos compañeras había dado, mientras la pobre ciegucecita reíase á placer, asegurándoles que otra sorpresa mayor les tenía reservada... la de tomarles la delantera en el goce de aquella suspirada é inmortal mañana, firmemente confiada de que sería ella la primera, no la última, en empuñar la palma gloriosa del martirio.

En esto llegó á la quinta Fabiola para hacer á Inés su primera visita despnes de la pérdida que acababa de experimentar, y para darle las gracias por la participación que había tomado en su dolorosa pena y por las demostraciones de afectuosa simpatía que le había prodigado. Al cruzar el jardín en dirección del sitio donde se hallaba tan dichoso grupo, detúvose Fabiola de repente, porque al divisar á las dos amigas á quienes era dado mirar la brillantez del cielo, que inclinadas contemplaban á aquella que parecía poseer dentro de su alma todo el esplendor del firmamento, recordó y se figuró ver realizada ante sus ojos la visión que había tenido en sueños. No queriendo sorprenderlas

sin anunciarse, y deseando hablar á solas á Inés, retrocedió antes de que pudiera ser vista y se dirigió paseando á lo más apartado del jardín.

—¿Por qué,—decíase interiormente,—por qué no he de estar tan alegre ni ser tan feliz como ellas? ¿Por qué parece interponerse entre ellas y yo un profundo abismo?

Sin embargo, un día tan sereno no debía terminar sin nubes: de lo contrario hubiera sido demasiado dichoso en este mísero mundo. A la vez que Fabiola, otra persona había salido de Roma para visitar á Inés en su quinta. Fulvio, que no había olvidado un momento las seguridades que le diera Fabio de lo mucho que habían fascinado la ligera cabeza de Inés sus seductoras maneras y deslumbrantes joyas, dejó transcurrir los primeros días de luto, contenido además por cierto respeto á la casa donde por la primera vez había sido tan secamente recibido, y de la cual fué despedido tan sin ceremonia: y sabiendo que Inés había marchado sin sus padres á su quinta, juzgó excelente ocasión aquella para exponerle su demanda. Salió, pues, de Roma á caballo por la puerta Nomentana, y al poco rato se apeaba en la puerta de la quinta. Manifestó al portero que deseaba ver á la señora para un asunto grave y urgente, y después de haber importunado un tanto consiguió que le permitiese entrar y le indicase una calle de árboles á cuyo extremo le dijo encontraría á la joven patricia.

El sol descendía á su ocaso, é Inés, sentada en un sitio iluminado por los purpúreos rayos del astro del día, estaba entretenida en tejer una guirnalda con flores que sus dos amigas le traían del invernadero. Un sordo aullido del fiel Moloso acostado á sus piés, cosa muy rara en él cuando estaba al lado de su ama, hizo que ésta suspendiese su labor y levantase la vista, al mismo tiempo que con una ligera indicación de su mano reprimía la instintiva desconfianza del perro al oír pasos extraños.

Acercóse Fulvio con aire respetuoso, aunque con mayor familiaridad que de costumbre, como quien está seguro de su pretensión.

—Vengo, noble Inés,—comenzó diciendo,—á renovar la expresión de mi sincero respeto; y en verdad que no podía haber escogido día mejor, pues difícilmente puede lucir en verano un sol más brillante y hermoso.

—Muy hermoso en efecto y brillante ha sido para mí este día,—contestó Inés recordando el gran acontecimiento de la mañana:—sol tan espléndido nunca había aún alumbrado mi vida, y para mí sólo un día podrá ser más dichoso que el de hoy.

Fulvio, creyendo que estas palabras aludían á su presencia en aquel sitio, contestó con íntima complacencia:

—Os referís indudablemente al día de vuestros esponsales con quien tuviere la dicha de cautivar vuestro corazón.

—Está ya cautivado,—replicó Inés,—y hoy precisamente es el día venturoso de mis esponsales con el Amado de mi alma.

—Y ese velo y esa corona de flores que ciñe vuestra frente ¿os lo habeis puesto en espera de tan feliz momento?

—Sí, es la señal que mi Amado ha puesto en mi rostro para que no admita otro amante que á El (1).

—Y ¿quién es el afortunado mortal?... Yo tenía mis esperanzas, á que no he renunciado todavía, de ocupar un lugar en vuestro pensamiento... y acaso en vuestro corazón.

Inés no parecía fijar su consideración en las palabras de Fulvio, pues ni en su semblante ni en sus maneras se notaba señal de timidez ó siquiera de turbación. Su rostro conservaba la habitual expresión de ingenuidad y candor. Levantóse con gentil dignidad, y dijo:

—Miel y leche tomé de sus labios, y su sangre tiñó mis mejillas (2).

Fulvio creyó tan incoherentes esas palabras, que le asaltó el temor de que la joven tuviese trastornado el sentido; pero la mirada de Inés, que brillaba inspirada y al parecer fija en algun objeto que sólo ella veía, le hizo experimentar cierto terror involuntario y supersticioso. Pasados algunos instantes, salió de su éxtasis Inés, y Fulvio, repuesto algun tanto de su sorpresa, resolvió exponerle claramente y sin rodeos el objeto de su visita.

—Señora,—dijo,—estais jugando con el corazón de un hombre que sinceramente os admira y os ama. Sé por el mejor conducto, de boca de un amigo comun que ya no existe, que os dignásteis hablar favorablemente de mi persona y le indicásteis que no os desagradarían mis aspiraciones á vuestra mano. Acaso mi declaración os parezca demasiado atrevida y no muy conforme á las conveniencias debidas en semejantes circunstancias; pero no dudeis que es hija de mi sinceridad y del ardiente afecto que os profeso.

—¡Apártate de mí, pábulo de corrupción!—dijo Inés con tranquila majestad,—porque ya pertenezco á otro Amante: á El solo guardo mi fe, á El solo me entrego con entera confianza. Sólo á El amándole me conservo casta, acariciándole me conservo pura, y abrazándole me conservo virgen (3).

(1) «Posuit signum in faciem meam, ut nullum præter eum amatorem admittam.» (*Oficio de santa Inés.*)

(2) «Mel et lac ex ejus ore suscepi, et sanguis ejus ornavit genas meas.» (*Ibid.*)

(3) «Discede a me, pabulum mortis, quia jam ab alio amatore præventa sum. Ipsi soli servo fidem, ipsi me tota devotione committo. Quem cum amavero casta sum, cum tetigero munda sum, cum accepero virgo sum.» (*Ibid.*)



Fulvio, que había caído de rodillas al concluir su declaración, motivando así aquella severa repulsa, levantóse lleno de despecho y furor al verse tan completamente chasqueado.

—¡Con que, — exclamó, — no basta rechazar mi demanda por vos misma alentada, sino que habeis también de insultarme y decir en mi propia cara que acaba de ganarme otro por la mano! Será mi afortunado rival Sebastián...

—Y ¿quién sois vos — exclamó detrás de él una voz indignada — para atreveros á pronunciar con desprecio el nombre de quien jamás manchó su honor, y cuya virtud compite con su valor?

Volvió la cara Fulvio al oír estas palabras y se halló frente á frente con Fabiola, que después de haber dado algunas vueltas por el jardín, creyendo que encontraría sola á su prima, se había acercado y oído las últimas palabras del advenedizo.

Lleno éste de confusión, permaneció en silencio.

—¿Quién sois, pues, — continuó diciendo Fabiola con noble indignación, — que no satisfecho con haberos introducido subrepticamente en casa de mi prima para insultarla, osais ahora penetrar en el íntimo retiro de su quinta?

—Y ¿quién sois vos, — replicó Fulvio sin empacho, — que os permitís echarla de ama en casa ajena?

—¿Quién soy yo? La que por haber consentido que Inés os conociera por primera vez en mi mesa, y sabedora hoy de vuestros pérfidos designios contra una niña inocente, se cree obligada por honor y por deber á protegerla contra vos y contra vuestros temerarios propósitos.

Y dicho esto cogió de la mano á Inés, que al retirarse con su prima acarició en la cabeza al viejo Moloso para evitar que manifestase con algo más que con gruñidos su instinto de aversión contra el intruso.

Este, rechinando los dientes, y en voz bastante alta para ser oído, murmuró:

—¡Romana insolente! Yo haré que recuerdes con amargura este día y esta hora. ¡Tú sabrás por experiencia propia cómo sabe vengarse un asiático!

## XI

### El edicto

Llegado por fin el día en que debía publicarse en Roma el terrible edicto de persecución contra el Cristianismo, Corvino comprendió toda la importancia de la comisión que se le había confiado de fijar en el Foro la sentencia fulminada para exterminar de la tierra hasta el nombre de cristiano.

De Nicomedia había llegado la noticia de que un valiente soldado cristiano, llamado Jorge, había arrancado y hecho pedazos el edicto imperial; y Corvino adoptó desde luego toda clase de precauciones para evitar que se reprodujera en Roma un hecho semejante, porque sabía muy bien las consecuencias que le acarrearía. El edicto había sido escrito en grandes caracteres sobre pergamino, y este clavado en una tabla firmemente sostenida por un pilar, no lejos del *Puteal Libonis*, ó silla del magistrado en el Foro. Además, esta operación no se verificó hasta ya muy entrada la noche y cuando el Foro estuvo completamente desierto, para que á primera hora de la mañana siguiente los ciudadanos se encontrasen con el edicto, y su lectura produjese en los ánimos por modo súbito más viva impresión de terror.

Para evitar la realización de un atentado como el de Nicomedia, con astuta precaución muy parecida á la que emplearon los judíos para impedir la resurrección del Salvador, Corvino pidió y obtuvo, para custodiar aquella noche el Foro, una compañía de la cohorte de Panonia, compuesta de soldados pertenecientes á las más feroces razas del Norte, dacios, panonios, sármatas y germanos, cuyo aspecto salvaje, rudas facciones, largos cabellos y espesos bigotes rojos hacíanles muy repugnantes y horribles á los ojos de los romanos. Aquellos hombres, que apenas sabían articular alguna palabra en latín, estaban prontos á cometer cualquier atrocidad que se les ordenara, por monstruosa que fuese: en la época de la decadencia del Imperio constituían la guardia más fiel de que se rodeaban los tiranos reinantes,